Aniversario

30 años de edición ininterrumpida

¿Qué cosas podríamos celebrar como un éxito?

*Enrique Martín**

Hagamos memoria. Pretendimos desde el primer número ser los voceros o los medios de expresión de las corrientes sociales y políticas plurales, que coincidiesen en el desarrollo autónomo del país como uno de los prerrequisitos para alcanzar un crecimiento nacional con equidad. Pensamos que el estado debía ser el artífice de ese desarrollo y le asignamos un papel rector y dinamizador. Les adjudicamos a los sectores del trabajo la misión de ser protagonistas del cambio, o sea, algo más que los beneficiarios de una porción más racional de la torta. Creímos que el empresariado nacional debía apostar a esas premisas como salvaguarda para su supervivencia y crecimiento. Confiamos en que las corrientes políticas de raíz popular, los *progres* y la izquierda, tenían que ser, en la vida democrática y en un estado de derecho, los programadores y legisladores del cambio. Supusimos que los sectores menos concentrados del agro, los pequeños y medianos cooperativistas del campo, se dinamizarían con el apoyo de los entes oficiales (bancos oficiales, juntas, INTA) y serían una alternativa a los viejos latifundios ahora heredados por los Soros, Benetton o Turner. Entendimos como un sano federalismo el desarrollo de las economías regionales, creadoras de trabajo y desalentadoras de las migracio-

* Primer secretario de redacción de **Realidad Económica.**

nes hacia los grandes centros urbanos.

¿Qué nos ha pasado a tantos ciudadanos que no nos subimos al expreso de la historia? ¿Por qué seguimos envidiando a neozelandeses o a canadienses y hasta a los falsos tigres asiáticos como si ellos hubiesen sido los descubridores de la piedra filosofal?

En algo fallamos todos cuando miramos retrospectivamente y llegamos a la conclusión de que ninguna de aquellas ambiciones se hicieron realidad. Es cierto que hubo cambios estratégicos internacionales que repercutieron sobre nosotros. Es verdad que con el Muro de Berlín cayeron utopías, pero si lo miramos desapasionadamente, librándonos de dogmatismos, las fallas incuestionables del Este tampoco fueron una panacea para sus pueblos ni un ejemplo a seguir ciegamente.

La dilución del movimiento del tercer mundo, sumado a la desaparición del papel testimonial y alternativo que debían jugar los países del llamado socialismo real, creó incertidumbres y azuzó diferencias justamente cuando hacía falta todo lo contrario. Ante semejante sacudón, faltó el esfuerzo de evitar la dispersión y el desaliento de las corrientes que tenían en claro que el imperialismo era el imperialismo, que la dependencia era la dependencia, que las desigualdades en los términos del intercambio no eran una fría fórmula matemática sino la transferencia real de riqueza de los países emergentes hacia los industrialmente desarrollados, que las capas medias (los industriales nacionales no monopólicos, los profesionales, los bolicheros y no tanto) no eran una licencia poética indulgentemente inventada por la izquierda, sino una herramienta no menor del cambio de estructuras.

El pánico ante supuestos paraísos perdidos o el pudor por las consecuencias del sectarismo practicado alegremente o la fantasía de ser los depositarios puros de la ideología transformadora, arrinconó a los sectores populares, los atomizó, les restó aliados y los dejó como observadores impotentes del borramiento globalizado de las fronteras económicas, de la resignación de soberanía y de la transferencia a precio vil de los recursos naturales. Cuando todo ese fenómeno perverso impulsado por el *establishment* creyó que está culminando con éxito, quienes detentan la manija se sienten corajudos al extremo de proponer pintar de verde a nuestra moneda como uno de los objetivos finales de nuestra extranjerización.

Con el primer director de Realidad Económica, nuestro recordado Arturo Sampay -una de las mentes más lúcidas y aggiornadas de un pasado reciente- coincidíamos siempre en la apremiante necesidad de juntar para este lado, de sumar a nuestros pares, a veces poco parecidos, para po-

der llegar a armar una alternativa de poder que cambie esta Argentina de la mufa, la desigualdad y la obsecuencia con los factores de poder ubicados fronteras afuera del país.

Si uno se pregunta si todavía eso es necesario, la respuesta acertada es que todavía es impostergable que se congreguen en un frente popular moderno todos los sectores nacionales bienpensantes, despojados de prejuicios y discriminaciones a priori. Por suerte esos recursos humanos, esas reservas realmente democráticas, se hallan en las diversas agrupaciones políticas y sociales. Episodios recientes en el ámbito gremial y parlamentario dan testimonio de que hay que darle un empujón a esa confluencia.

¿Acaso hay alternativa?

Arturo E. Sampay
Primer director de **Realidad Económica**